

---

## VEINTE AÑOS DE VIDA DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL

---

ENRIQUE BELTRÁN  
Secretario Perpetuo de la  
S.M.H.N.

Leído en la Sesión Solemne  
conmemorativa del XX  
Aniversario celebrada el 6 de  
abril de 1956.

El trabajo científico es, bajo todos aspectos, trabajo de cooperación. Así ha sido siempre, y esa característica se acentúa en la época de especialización en que vivimos.

Y al hablar de trabajo en cooperación, no me refiero al llamado actualmente "trabajo en equipo", en el que un grupo de especialistas, aportando cada quien su parte, abordan el estudio de un amplio problema que ninguno de ellos podría haber enfocado aisladamente. Este trabajo es fecundo, y constituye uno de los más firmes pilares del adelanto científico.

Hay también otra forma de cooperación menos aparente, más sutil, pero indudablemente de mayor importancia a largo plazo. Es la que se establece entre quienes comparten intereses comunes, al cambiar pensamientos, al comunicarse informaciones, al comentar problemas científicos. Es la que se forma entre amigos y colegas; la que nace en los años escolares; la que se anuda entre compañeros de trabajo en los centros científicos; la que ayuda a impulsar las sociedades científicas, campo acogedor para individuos de diversas tendencias que, en forma cordial, discuten sus puntos de vista.

El rendimiento de una corporación científica suele medirse, fundamentalmente, por la calidad de los trabajos que se presentan en sus sesiones, por el interés de las discusiones que originan, y por la categoría de sus publicaciones.

Poco se suele pensar, sin embargo, en el valor que las reuniones tienen para poner en contacto personas que de otra manera estarían separadas, o iniciar amistades que suelen resultar valiosas adquisiciones para individuos cuya comunión espiritual ayuda a afinar ideas y profundizar pensamientos.

Nada más útil para el desarrollo científico que el contacto y comprensión entre quienes se dedican al cultivo de la ciencia.

Ningún signo es más prometedor que el de la cordialidad y mutuo respeto. Ninguno tampoco más nefasto que el de la discordia y desconfianza.

Desgraciadamente, con frecuencia ese clima hostil es el que prevalece en el medio científico, con los peores resultados. Y cuanto pueda hacerse para eliminarlo o disminuirlo, debe considerarse valiosa contribución.

Ante la obligación que tengo de presentar una breve reseña de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, al cumplir su Vigésimo Aniversario, es forzoso haga algunas referencias a la situación que prevalecía en nuestro ambiente científico antes de su fundación, para que se comprenda uno de sus aspectos más valiosos, pero no fácilmente discernible por su carácter intangible. Me refiero a lo que ha contribuido para lograr un clima de cordialidad y mutuo respeto entre los biólogos y naturalistas mexicanos, sea cualquiera el sector a que pertenezcan y las ideas directrices que normen sus tareas.

Afortunadamente, cuatro lustros son tiempo suficientemente largo que permite observar en perspectiva los acontecimientos. Y hablar de ellos, y de quienes en ellos intervinieron, en forma objetiva. Serenadas las pasiones; fuera del escenario algunos de sus más destacados actores; hablar de cosas que sucedieron y que todos saben, no puede tener otro objeto que mostrar lo inconveniente de esas discordias para que, regocijándonos de que la situación haya cambiado en forma favorable, podamos seguir laborando en esa misma senda, convencidos de que el verdadero florecimiento de la ciencia mexicana sólo resultará cuando logremos considerar como amigos y camaradas a todos nuestros colegas, cuando comprendamos que la discrepancia científica no debe significar

hostilidad o distanciamiento personales, cuando aceptemos que la única manera en que podemos lograr de los demás el respeto a nuestras ideas y la cooperación en nuestros trabajos, es brindándoles también respeto y cooperación. En este año de 1956, en que conmemoramos el centenario del natalicio de uno de los más grandes mexicanos, de Benito Juárez, recordemos que su apotegma político: "El respeto al derecho ajeno es la paz", puede y debe ser también norma que rija las relaciones de los hombres de ciencia. El día en que lo logremos totalmente, no sólo proclamándolo sino aplicándolo, habremos hecho modestamente por la ciencia mexicana y su futuro, contribución mayor y más profunda que la que pudiera derivarse de un brillante descubrimiento en nuestros laboratorios.

Porque habremos contribuido a afianzar ese ambiente de cordialidad, comprensión y respeto, que es el "hábitat" adecuado para el desarrollo de la investigación científica.

El biólogo y el naturalista profesionales, son muy recientes en nuestro ambiente. Intentos aislados, como los iniciados por los miembros de la Real Expedición Botánica a comienzos del siglo pasado, o los de la Escuela de Minas cuando en 1843 creó en su seno la carrera de "Naturalista", no tuvieron prácticamente significación alguna.

Los brillantes estudiosos de la Naturaleza que México tuvo durante su primer siglo de vida independiente, surgieron de otras profesiones.

Médicos, farmacéuticos, químicos, ingenieros civiles, agrónomos, maestros normalistas y aun abogados, fueron esos hombres abnegados, que generalmente obtenían sus elementos de vida de la práctica de su profesión, y dedicaban el tiempo libre que les restaba a lo que constituía su verdadera vocación.

Fue la Facultad Nacional de Altos Estudios, creada al reorganizarse la Universidad Nacional en 1910, el primer centro que ofreció la posibilidad de carreras académicas; entre otros campos en el de las Ciencias Naturales. Pero las facilidades que ahí se brindaban, prácticamente no despertaron interés para reclutar alumnos, posiblemente por la incertidumbre económica que —en aquellos tiempos— se ofrecía a un biólogo o naturalista que quisiera ganarse la vida con el cultivo de esa ciencia en cualesquiera de sus ramos: la docencia, la investigación o la aplicación técnica.

Cuando la Escuela me abrió sus puertas, mis compañeros eran apenas un puñado. Y de ellos la mayor parte sólo se habían matriculado en materias aisladas, sin intención de obtener un grado académico. Todos tenían ya otra profesión en la que esperaban encontrar su subsistencia, o estaban simultáneamente matriculados en sus cursos a los que, naturalmente, daban preferente atención.

Y los mismos maestros, a pesar de ser destacados en las disciplinas que cultivaban, como por ejemplo Agustín Reza en la Zoología y Guillermo Gándara en la Botánica, se veían obligados a llenar su presupuesto con la práctica de la medicina el primero, y regenteando una escuela de su propiedad el segundo.

Además, los contactos entre los cultivadores del estudio de la Naturaleza no eran muy fáciles. Fuera de la meritísima y venerable Sociedad Científica "Antonio Alzate", a la que tuve la honra de ingresar en 1925 propuesto conjuntamente por mis dos maestros antes citados, existían pocos centros donde los estudiosos mexicanos pudieran reunirse para conocerse mutuamente y discutir sus problemas.

En la propia Escuela de Altos Estudios los Jefes de los Departamentos de Botánica y Zoología, Gándara y Reza respectivamente, distaban mucho de mantener relaciones verdaderamente cordiales.

El centro científico más importante lo constituía la Dirección de Estudios Biológicos, a cuyo frente se encontraba el profesor Alfonso L. Herrera quien, con base en amargas experiencias tenidas con sus propios colaboradores, miraba con desconfianza otros sectores que trabajaban en el mismo campo.

Y por su parte, algunos de sus antiguos colaboradores, especialmente el Dr. Fernando Ocaranza y el Dr. Eliseo Ramírez, en la Escuela de Medicina, junto con el profesor Isaac Ochoterena en la Preparatoria, constituían núcleo que atacaba cuanto en la dirección de Estudios Biológicos se hacía, y muy particularmente a su titular. Naturalmente la Sociedad Mexicana de Biología que se organizó bajo sus auspicios en 1920 fue instrumento de grupo.

Otros elementos, conectados principalmente con la Dirección de Agricultura y la Escuela de Agricultura, como Leopoldo de la Barreda, Julio Riquelme Inda o Alfonso Madariaga, constituían unidades aisladas, que a veces se ligaban con los intereses de los grupos principales.

Todavía se movía, en el centro de este panorama, la figura venerable del Dr. Manuel María Villada, uno de los

fundadores de la primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural en 1868 y director meritisimo de su periódico "La Naturaleza". Enfundado en las formales ropas de los médicos de antaño, radicado en la Villa de Guadalupe, ejercía una esporádica práctica médica. El debilitamiento de su vista le había obligado a abandonar el campo de la botánica que tanto amaba; y cada diez días aparecía por la Dirección de Estudios Biológicos a cobrar el modesto sueldo que don Alfonso L. Herrera le tenía asignado, como pequeño reconocimiento a una vida incesante de estudio y trabajo.

Por aquella época, al cursar el tercer año de Zoología en la Escuela de Altos Estudios pasé a ser discípulo de Herrera quien poco tiempo después me abrió las puertas de la Dirección de Estudios Biológicos, al nombrarme Practicante de la Sección de Fisiología Comparada.

Antes de seguir adelante ruego a ustedes me perdonen, si aparentemente me he alejado del tema relativo a los veinte años de nuestra corporación, y más aún si me he visto obligado a hacer algunas referencias a mi insignificante persona.

En realidad, es imposible comprender la génesis de la Sociedad Mexicana de Historia Natural en su segunda época, si no consideramos el ambiente y las circunstancias en que se organizó. Y me sería también imposible explicar algunos de esos hechos iniciales, sin referirme a situaciones de las que fui testigo presencial, o en las que me tocó participar.

Desde mis días de estudiante en la Escuela de Altos Estudios, sentía gran admiración por la Sociedad Mexicana de Historia Natural, que prácticamente había dejado de existir en 1912 a pesar de un esporádico y meritorio esfuerzo desarrollado por el Dr. Alfonso Pruneda para darle nueva vida. Soñaba con la posibilidad de que resurgiera esa corporación, convencido de los múltiples beneficios que tal cosa reportaría.

Nombrado preparador de los cursos de Botánica que impartía el profesor Gándara, mi contacto, con él se hizo muy estrecho, y por sus conversaciones me fui familiarizando con las más destacadas figuras que la biología mexicana había tenido. También por mi afición a la Zoología que me hacía pasar largas horas en el laboratorio logré conquistar la amistad personal del Dr. Reza, profesor de la asignatura y por muchos años colaborador del Departamento de Zoología en el Museo Nacional, quien me hablaba de otros tiempos que me fascinaban, y de figuras a las que admiraba sin restricción alguna.

En ocasiones llegaba por el Departamento de Botánica, a conversar con Gándara, el Dr. Silvio Bonansea. Italiano de origen, veterinario de profesión, con chambergo de anchas alas, grandes mostachos negros y ensortijada cabellera, hablaba incesantemente y ponía pasión en todo cuanto decía.

En una de sus visitas propuso a don Guillermo Gándara que entre los dos, tomaran la iniciativa de revivir la Sociedad Mexicana de Historia Natural a la que ambos habían pertenecido, obteniendo una contestación evasiva.

Cuando la visita se hubo marchado, manifesté a mi maestro que la idea me parecía maravillosa y me extrañaba no la hubiese acogido con simpatía y entusiasmo. Don Guillermo me explicó que el asunto no era nuevo para él, que ya Bonansea y otros le habían hablado anteriormente del mismo, pero que en realidad sólo se trataba de crear un grupo para antagonizar al profesor Herrera. Y aunque sus relaciones personales con su antiguo maestro don Alfonso no eran muy cordiales en aquella época, estimaba que crear un organismo científico para aumentar la discordia que desgraciadamente ya existía, no podría dar buenos resultados.

Comprendí desde luego la justicia de ese razonamiento y seguí anhelando que la reorganización de la Sociedad Mexicana de Historia Natural pudiera algún día convertirse en realidad. Pero convencido de que solamente sería fructífero ese renacimiento si se hacía sin bandería alguna de grupo, con el único objeto, de dar cabida en sus filas en igualdad de condiciones a todos los que en ella pudieran interesarse.

No volvió a surgir posibilidad alguna a este respecto; y el haber sido agraciado en 1931 con una Beca Guggenheim me obligó a trasladarme a los Estados Unidos para pasar larga temporada en la Universidad de Columbia y en el Laboratorio de Biología Marina de Woods Hole.

Mi estancia en el vecino país fue para mi enseñanza objetiva de que las discrepancias científicas, a veces sumamente acres y que pueden conducir a enconadas polémicas, no son sin embargo factores que hagan disminuir la mutua estima en que se tienen quienes las desarrollan ni mucho menos sirven para enturbiar su amistad personal.

Llevaba poco tiempo de trabajar con el profesor Gary N. Calkins en el Departamento de Zoología de Columbia,

cuando nos trasladamos pasar el verano en Woos Hole, centro de reunión de centenares de biólogos y naturalistas de todos los rincones de la Unión Americana, y de algunos países del extranjero

Conocía yo, como todos los que nos interesábamos en asuntos de Protozoología, la profunda discrepancia que existía entre Calkins y su antiguo discípulo Lorande L. Woodruff, entonces profesor en Yale, acerca del significado biológico de la conjugación de los infusorios. Y había leído cuidadosamente los artículos publicados por ellos en defensa de sus ideas y ardiente ataque de las de su contrario Científico.

Educado en el ambiente del México de entonces —que desgraciadamente aún subsiste en parte— en el que la crítica científica estaba en pañales, y en el que la discrepancia de opinión degeneraba casi sin excepción en hostilidad y distanciamiento personales, mi sorpresa no tuvo límites al ver las cordiales relaciones que entre Calkins y Woodruff existían, en las que aquél hablaba siempre con admiración y respeto de su antiguo maestro. Años más tarde, cuando le llegó al veterano protozoólogo de Columbia la hora del retiro de su cátedra, fue Woodruff —su enemigo científico pero devoto amigo personal— el que encabezó el Comité para que todos sus antiguos discípulos y colaboradores participáramos en el merecido homenaje que se le rindió.

Cuando a mediados de 1933 regresé llamado por la Secretaría de Agricultura y Fomento para organizar el Instituto Biotécnico, el ejemplo norteamericano y el contacto con sus sociedades científicas habían afianzado en mis dos anhelos fundamentales: el primero, que era absolutamente preciso organizar en México una sociedad que agrupara a todos los biólogos y naturalistas del país, sin bandería alguna; y el segundo que para que la ciencia progrese es indispensable un clima de cordialidad, fácil de lograr si se basa en el mutuo respeto, y se sabe que las discrepancias científicas y las relaciones personales son cosas absolutamente distintas que no deben afectarse mutuamente.

No se me presentó oportunidad de iniciar nada con respecto a la formación de la sociedad que anhelaba, pero si tuve ocasión de laborar, dentro de mi modesta esfera de acción, para traducir en hechos la necesidad de borrar antagonismos injustificados, y eliminar políticas de “carro completo” y grupo cerrado, que tan funestos resultados habían dado.

Al seleccionar el personal del Instituto Biotécnico, no tuve en cuenta otra cosa sino los méritos personales de quienes iban a formarlo, sin valerme de la oportunidad para crear un grupo con fines personales. Mi más cercano colaborador, que ocupó la Subdirección, me era personalmente desconocido, pero tenía destacados méritos científicos y esto era suficiente para justificar su nombramiento. Nada me ha dado posteriormente más placer que haber procedido así, pues no sólo tuve a mi lado a un hombre de grandes méritos, sino que gané un amigo sincero cuya relación aún cultivo gratísimamente en la actualidad.

Al nacer el Instituto Biotécnico existían en México dos establecimientos científicos con múltiples contactos. El recién creado, que debía ocuparse fundamentalmente de problemas de biología aplicada a la explotación de los recursos naturales; y el Instituto de Biología de la Universidad Nacional, que por su carácter universitario debía orientarse preferentemente a los trabajos de investigación teórica. A pesar de las diferencias que en muchos puntos existían entre los directores de ambos establecimientos comprendí que era deseable pugnar por establecer cordiales relaciones entre los dos centros. Y al efecto, organicé una cena del personal de ambos, que presidimos el profesor Ochoterena y yo, y que se desarrolló en un ambiente de franca camaradería entre la mayor parte de los concurrentes. Posiblemente poca significación tuvo esta reunión en el sentido de lograr verdadera cooperación orgánica entre ambos centros; pero contribuyó para que quienes a ella concurren, especialmente los jóvenes que no habían participado en viejas banderías, comprendieron que sus relaciones personales con los de otros organismos podían y debían ser cordiales. Esto pasaba en 1934.

Dos años después, a mediados de 1936, se organizó el Instituto de Preparación para Maestros de Enseñanza Secundaria, en el que se me encomendó la cátedra de Zoología. Encontré que los alumnos fundadores de dicho establecimiento —muchos de ellos de gran preparación y con años en el magisterio de Segunda Enseñanza— constituían un grupo realmente selecto, lleno de inquietudes y dispuesto a trabajar en favor del progreso de la ciencia mexicana.

Cuando al hablar con ellos externé mi vieja y acariciada idea de revivir la Sociedad Mexicana de Historia Natural, la respuesta no pudo ser más entusiasta y decidida. Terminó ese primer período escolar, y para celebrarlo los integrantes de la Especialidad de Ciencias Biológicas —maestros y alumnos— nos reunimos en fraternal comida.

Ahí surgió nuevamente, de manera formal esta vez, la propuesta para crear la Sociedad, y desde luego se integró una Comisión Organizadora compuesta por Angel Roldán, José R. Alcaraz, Virgilio Camacho, Armando

Vega y el autor de estas líneas.

La Comisión puso manos a la obra y el 20 de noviembre de 1936 lanzó una convocatoria “A los Naturalistas Mexicanos”, esbozando la conveniencia de crear la Sociedad Mexicana de Historia Natural, en uno de cuyos párrafos campeaba la idea básica de hacer de la misma un centro que limara asperezas y liquidara rivalidades. Después de comentar la falta de agrupaciones similares, se decía: “Lo anterior explica también en gran parte, que entre los naturalistas mexicanos no existan en la actualidad esas relaciones afectuosas y fraternales que las sociedades científicas ayudan a crear entre sus miembros. Por el contrario, en los últimos quince años ha podido notarse cierto distanciamiento, cierta hostilidad en el campo de las investigaciones biológicas en México, cuyo origen no sería este el momento de analizar pero que, seguramente, la constitución de una asociación nacional, seria y respetable, ayudaría a borrar, si no es que borraría por completo, logrando que los naturalistas mexicanos realmente fraternizaran entre si, sin camarillas ni grupos cerrados dedicados a hostilizar a quienes ellos no pertenecen.”

# A los Naturalistas Mexicanos

**L**A segunda mitad del siglo pasado se distinguió, en nuestro país, por el florecimiento que en ella alcanzaron los estudios e investigaciones en el campo de las ciencias naturales.

Los nombres ilustres de Alzamirano, Urbina, Villada, los hermanos Dugé, los Donde, los Herrera, padre e hijo, y tantos otros más, están ahí para demostrarlo.

Pero es justo recordar, que si bien la categoría intelectual y el amor a la ciencia de los sabios mencionados fueron factores fundamentales en su valiosa producción científica, también lo es que encontraron un ambiente acogedor en el seno de una corporación que estimulaba sus investigaciones, como fue la Sociedad Mexicana de Historia Natural, en cuyo órgano «La Naturaleza», cuyas colecciones tanto se estiman en el extranjero, aparecieron muchos de sus estudios.

A la fecha, desgraciadamente, los naturalistas mexicanos (geólogos, paleontólogos, antropólogos, botánicos, zoológicos, genéticos, fisiólogos, hidrobiólogos, etc.) no cuentan con ninguna agrupación especializada que los reúna en su seno, que estimule su producción y les brinde los medios de publicar sus trabajos. Cierzo es que existen algunas meritalmas sociedades a las que muchos de los naturalistas mexicanos pertenecemos, pero las mismas, con demostando generales o por el contrario no abarcan sino un campo restringido dentro de las ciencias naturales.

Lo anterior explica también, en gran parte, que entre los naturalistas mexicanos no existan en la actualidad esas relaciones afectuosas y fraternales que las sociedades científicas ayudan a crear entre sus miembros. Por el contrario, en los últimos quince años ha podido notarse cierto distanciamiento, cierta hostilidad en el campo de las investigaciones biológicas en México, cuyo origen no sería éste el momento de analizar pero que, seguramente, la constitución de una asociación nacional, seria y respetable, ayudaría a alentar sino es que borrar por completo, logrando que los naturalistas mexicanos realmente fraternizaran entre sí, sin camarillas ni grupos cerrados dedicados a hostiliar a quienes a ellos no pertenecen.

Además, se buscará intervenir en este movimiento a los naturalistas de los Estados, que en la actualidad se hallan en un aislamiento que tanto perjudica a sus investigaciones. Por último, crearía relaciones amistosas con las corporaciones científicas del extranjero, de las que en la actualidad nos encontramos tan separados.

Una agrupación de naturalistas mexicanos sería el mejor medio de ligarlos, como corporación, con la vida nacional haciendo que su producción de gabinete, de laboratorio o de campo, se emplee en la debida explotación de las riquezas naturales del país, tan mal conocidas y tan imperfectamente explotadas hasta la fecha, precisamente por falta de estudios científicos de las mismas.

Considerando todo lo anterior, en una reunión verificada por alumnos y profesores del Ciclo de Ciencias Biológicas en el Instituto de Preparación para Maestros de Enseñanza Secundaria, con objeto de celebrar la terminación del primer periodo de labores de dicho plantel, se acordó iniciar desde luego las labores tendientes a que las aspiraciones mencionadas se convirtieran en realidades. Para tal fin, se designó la Comisión Organizadora que firma el presente y la cual, con todo empeño y entusiasmo, ha iniciado desde luego sus labores, segura de que la iniciativa en cuestión despertará la simpatía de los naturalistas mexicanos.

Invitamos pues a los investigadores en las diversas ramas de las ciencias naturales, para unirse en una agrupación que, en memoria de la beneficencia que en párrafos anteriores mencionamos, se llamará «Sociedad Mexicana de Historia Natural», y a la cual se invitará muy especialmente a los miembros sobrevivientes de la desaparecida Sociedad del mismo nombre, para que así la nueva, desde el momento de nacer, y sin perjuicio de que sus orientaciones respondan a las exigencias de la época, tuviera ya un pasado glorioso del que con justicia pudiera orgullarse.

Sugerimos que las contestaciones se remitan a la brevedad posible, dirigiéndose al Prof. Enrique Beltrán, Apartado Postal 1079, México, D. F. Tan luego como hayamos recibido un número suficiente, citaremos a una reunión en la que quedos formalizados los trabajos y fundada la «Sociedad Mexicana de Historia Natural».

México, D. F., a 20 de noviembre de 1936.

## LA COMISIÓN ORGANIZADORA.

ANGEL ROEDAN, Director del Instituto de Investigaciones Postales. JOSE R. ALCARAZ, Miembro del Consejo N. para la Educación Superior y la Investigación Científica. ENRIQUE BELTRÁN, Profesor de Biología en la Universidad Nacional. VENCES CAMACHO, Prof. de Anatomía y Fisiología en las Escuelas Técnicas. ARMANDO VERA, Del Instituto de Preparación para Maestros de Enseñanza Secundaria.

Fig. 1. Convocatoria para organizar la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

La respuesta a este llamado fue extraordinariamente grata. Muchos de los miembros supervivientes de la primitiva Sociedad se apresuraron a enviar su adhesión a la idea, y junto con ellos llegó la de los nuevos elementos.

Bastó un mes para que se reuniera un grupo que se juzgó suficiente para iniciar las tareas, y al efecto se convocó a una reunión que se llevó a cabo el 23 de diciembre de 1936 en el salón de actos de la Academia Nacional de Ciencias “Antonio Alzate”, en Justo Sierra 19, generosamente proporcionado para tal fin.

Ahí se acordó dejar constituida la Corporación que se consideraría sucesora de la primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural, y que en consecuencia llevaría el mismo nombre. Se aprobó también en forma provisional —que después fue definitiva— una “Declaración de Principios” y un “Reglamento”. Y se terminó eligiendo la primera Mesa Directiva, constituida por el Dr. Jesús Díaz Barriga, Presidente; Prof. Juan Manuel Noriega, Vicepresidente; Ing. Angel Roldán, Tesorero; Dr. Roberto Treviño, Secretario de Actas, y el que esto escribe, Secretario Perpetuo.

Cuarenta personas concurrieron a la junta constitutiva. Sus nombres, por orden alfabético, son los siguientes: Eduardo Aguirre Pequeño, José R. Alcaraz, Enrique Arreguín, Roberto Arroyo Carrillo, Enrique Beltrán, Cenobio Blanco, Virgilio Camacho, Juan Cancino Gómez, Manuel Chavarría, Alfonso Dampf, Jesús Díaz Barriga, Julio Esperanza Pimentel, Antonio G. García, Alfonso L. Herrera, Francisco Herrera, Gabriel Itié, Pandurang Khankhoje, Juana Leandro, Ponciano Luna, José Antonio Magaña, Manuel Martínez Báez, Juan Mateos, Alberto Michel, Manuel Morfín, Francisco Navarro Fragoso, Juan Manuel Noriega, Fernando Ocaranza, Ezequiel Ordóñez, Julio Riquelme Inda, Angel Roldán, Alfonso Romero, Pablo Roveglia, Arcadio Sánchez, Carlos Stanch, W. E. Stone, Alfredo Téllez Girón, Sixta Torres, Roberto Treviño, Armando Vega y Leopoldo Zorrilla.

De esos cuarenta socios fundadores, once han pagado ya su tributo a la Naturaleza, cinco han perdido el contacto con la Corporación en los cuatro lustros transcurridos, y los veinticuatro restantes, que han permanecido en sus filas, recibirán esta noche el Diploma de Honor con que la Sociedad ha querido premiar su lealtad y valiosos servicios.

Este grupo selecto de socios fundadores ha probado su valor al correr de los años, pues de su seno han salido nada menos que diecisiete miembros de sus mesas directivas, o sea cuatro Presidentes, cuatro Vicepresidentes, un Tesorero y ocho Secretarios.



El Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos), para secretario  
 Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos), para  
 Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos)  
 Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos)  
 Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos)

La constitución fue el siguiente: Se fundó  
 una sociedad para el estudio y explotación de las  
 minas de carbón y petróleo de las montañas. El  
 Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos) se comprometió  
 a la explotación de las minas de carbón y petróleo  
 de las montañas para la fundación de una sociedad  
 para el estudio y explotación de las minas de carbón  
 y petróleo de las montañas.

El Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos) se comprometió  
 a la explotación de las minas de carbón y petróleo  
 de las montañas para la fundación de una sociedad  
 para el estudio y explotación de las minas de carbón  
 y petróleo de las montañas.

Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos)  
 Sr. Juan Manuel Escobar (por 25 votos)

Fig 3. Acta constitutiva de la S.M.H.N.

Constituida la sociedad en ese memorable 23 de diciembre de 1936, se acordó que comenzara sus labores, de acuerdo con lo marcado en el Reglamento que se había aprobado, el tercer viernes de enero siguiente.

La sesión se llevó a cabo el 22 de enero de 1937, en la Sala de Conferencias del Palacio de las Bellas Artes, y revistió extraordinaria solemnidad e interés por diversas razones. En primer lugar, estuvo presidida, en representación del Secretario de Educación Pública, por el Subsecretario Prof. Luis Chávez Orozco, a quién acompañaron en la Mesa de Honor, junto con los funcionarios de la Directiva, el Ing. Miguel A. de Quevedo, Jefe del Departamento Autónomo Forestal y de Caza y Pesca; el Dr. José G. Parrés, Subsecretario de Agricultura, el Ing. Mariano Moctezuma, Subsecretario de Economía, el Dr. Enrique Díaz de León, Presidente del Consejo N. para la Educación Superior y la Investigación Científica y el Dr. Enrique Arreguín, Secretario del propio cuerpo.

En esta reunión, el Prof. Alfonso L. Herrera, leyó un interesante trabajo sobre “La primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural”, de la que había sido Secretario; y se entregaron sus correspondientes Diplomas a los Socios Fundadores.

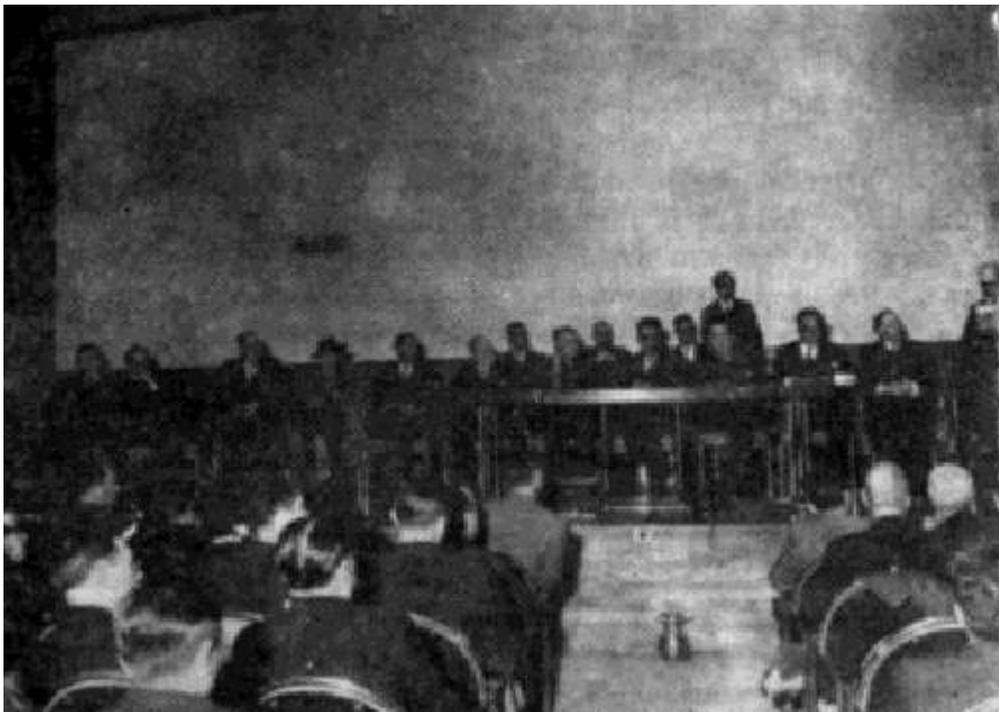


Fig 4. Sesión de la S.M.H.N. el 22 de enero de 1937. El Prof. A. L. Herrera leyendo una reseña histórica.

El primer problema que se presentó a la corporación fue disponer de local donde celebrar sus sesiones. Existía por entonces una agrupación de universitarios michoacanos denominada “Vanguardia Nicolaíta”, que había recibido de la Dirección de Bienes Nacionales la casa N° 125 de la calle de Ramón Guzmán para domicilio social. Por arreglo tenido con su Presidente el Dr. Arreguín, miembro también de nuestra corporación, las sesiones de la misma se celebraron ahí, y sus oficinas se instalaron en dicho local donde estuvieron ubicadas del 19 de febrero de 1937 al 13 de septiembre de 1938.

En esa época, aprovechando un galante ofrecimiento de nuestro consocio el Ing. Roldán, y contando con la autorización del Ing. de Quevedo, Jefe del Departamento Forestal, mudamos nuestras oficinas y comenzamos a celebrar reuniones en el local que por entonces ocupaba en el bosque de Chapultepec el Museo de la Flora y Fauna. Ahí trabajamos del 11 de octubre de 1938 al 15 de diciembre de 1939.

Desgraciadamente la ubicación del Museo estaba un poco alejada, y el salón de que se disponía para las reuniones era muy pequeño; por eso, siendo Presidente de la Corporación el Dr. Ignacio González Guzmán, obtuvo que la Academia Nacional de Medicina nos facilitara para nuestras reuniones su excelente salón de actos, en el que

se han venido verificando del 19 de enero de 1940 a la fecha.

Desgraciadamente no se dispuso de local para instalar las oficinas de la Corporación, y su incipiente Biblioteca quedó depositada en el domicilio de quien esto escribe, hasta 1947 en que se logró que la Escuela Normal Superior proporcionara espacio para su instalación, encontrándose ahí actualmente. Esta ubicación en el edificio de Fresno 15 ha resultado muy conveniente, pues la Biblioteca es continuamente consultada por los alumnos de la especialidad de Ciencias Biológicas del plantel, siendo también fácilmente accesible a los de otros centros cercanos como el Instituto Politécnico y la Escuela Nacional de Maestros, así como al público en general. De esta manera, la Sociedad rinde un útil servicio, que encaja perfectamente dentro de los propósitos asentados en su Declaración de Principios.

El segundo problema, fue editar una publicación donde vieran la luz los trabajos que se presentaban en las sesiones, pues de esta manera se les daría valor permanente. Las dificultades económicas dilataron esta empresa hasta que en octubre de 1939, siendo Presidente el Dr. M. Martínez Báez, apareció el primer número del volumen I de la "Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural", volumen que se completó en 1940. A partir de entonces hemos venido publicando regularmente un volumen por año. El último, que es el XVI y lleva fecha de diciembre de 1955, será distribuido en el transcurso del presente mes.

Cuando se inició nuestra publicación, meditamos cuidadosamente el nombre que debía dársele. Se pensó originalmente que así como la corporación había conservado el de la primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural, de la que se considera continuadora después de un periodo, de receso, sería deseable que su órgano reviviera el nombre de "La Naturaleza", que tanto prestigio alcanzó en su época. Se consideró, sin embargo, que no sería conveniente, ya que el formato cambiaría radicalmente, y además porque después de la prolongada interrupción, la necesidad de iniciar una "cuarta serie" originaría confusiones bibliográficas.

A la fecha la "Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural" tiene sólido prestigio, y ocupa lugar preferente en las bibliotecas de todo el Mundo.

Si la situación científica de la Sociedad, y su influencia para crear un clima de cordialidad entre los naturalistas mexicanos son indiscutibles, en cambio en el terreno económico no ha logrado éxito semejante.

Sus finanzas, originalmente, dependieron en forma casi exclusiva de las cuotas pagadas por los socios. Pero esta fuente de ingresos resultó absolutamente insuficiente, con especialidad cuando se comenzó a publicar la "Revista". Ayudas esporádicas, como la impresión de algunos números que hizo la Universidad Nacional gratuitamente en sus talleres, o el donativo de papel para otros que se obtuvo de la fábrica de Peña Pobre, aliviaron en algo la situación.

A partir de 1943 y a través de nuestro consocio el Dr. José Zozaya, que ocupaba entonces la Vocalía Biológica de la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica, se obtuvo que la misma otorgara una subvención anual, que hasta la fecha recibimos del Instituto Nacional de la Investigación Científica, en que posteriormente se convirtió la Comisión.

En 1947 se obtuvo, por acuerdo del Subsecretario de Educación Pública Ing. Aarón Merino Fernández, otra subvención de dicha dependencia.

A la fecha estas dos subvenciones substancialmente aumentadas en los últimos años por gestiones de nuestros ex presidentes Drs. J. Joaquín Izquierdo, Benjamín Briseño y Rodolfo Hernández Corzo, constituyen parte medular de las finanzas de la corporación.

Reseñar aunque fuera brevemente lo que la Sociedad Mexicana de Historia Natural ha llevado a cabo en estos veinte años de vida que hoy conmemoramos, requeriría tiempo del que no puedo disponer.

Me limitaré a señalar algunos aspectos que, a mi juicio, muestran lo que es, el lugar que ocupa, y la significación de los trabajos de la Corporación.

Es evidente que hemos logrado dos importantes objetivos que, desde su fundación, constituyen metas a las que deseábamos llegar. La Corporación agrupa en su seno a la enorme mayoría, la casi totalidad pudiéramos decir, de los naturalistas mexicanos, lo que significa paso importante en el camino de la unidad y mutua comprensión que entre ellos debe imperar en beneficio común. Además, es evidente que las discusiones que suelen tenerse en nuestras sesiones demuestran el interés que los socios ponen en los temas a debate; y como a veces las opiniones son diametralmente opuestas dichas discusiones resultan acaloradas. Nunca, sin embargo han sido motivo de

distanciamientos personales ni han puesto en peligro la unidad de la Sociedad, lo que indica el éxito logrado al crear un acogedor ambiente de franca crítica científica, tan necesario en nuestro país.

Por otra parte, hemos publicado durante dieciséis años consecutivos, sin interrupción, una revista científica decorosamente presentada que no ha sufrido nunca un cambio apreciable en su formato, y en cuyas páginas hay artículos de gran valor científico, entre los que predominan —y ello es para nosotros motivo de satisfacción— los que se refieren a problemas mexicanos.

También podemos congratularnos de que de las filas de la corporación han salido titulares de importantes puestos científicos en todos los ramos de las ciencias naturales; así como de las diversas distinciones en forma de premios, condecoraciones, representaciones en congresos, etc., que los miembros han recibido con ininterrumpida frecuencia. Todo ello demuestra la calidad de nuestros asociados.

Para terminar, citaré unas cuantas realizaciones de la corporación dignas de singularizarse.

En 1939 los biólogos de todo el Mundo recordaron un centenario de gran importancia: el de la Teoría Celular. La Sociedad deseosa de conmemorarlo, convocó a un concurso científico internacional sobre temas que se relacionaran con este asunto, y tuvo la satisfacción de comenzar a recibir valiosos trabajos respondiendo a su llamado. Desgraciadamente, la iniciación de la Segunda Guerra Mundial dislocó las relaciones internacionales, y este evento, que hubiera sido de gran significación tuvo que interrumpirse.

Cuando todavía el estruendo de la guerra estremecía al Mundo, nos encontramos frente a otra doble conmemoración que en este caso se refería a dos grandes sabios franceses: el segundo centenario del nacimiento de Juan Bautista Monet de Lamarck (1744) y el primero de la muerte de Esteban Geoffroy Saint-Hilaire (1844). La corporación decidió que esta fecha no podía pasar inadvertida, y comprendió que la patria de esos sabios, entonces sometida al calvario de la ocupación germana no podría celebrar dignamente el acontecimiento. Nuestra Sociedad lo tomo a su cargo y celebró una solemne ceremonia en el Palacio de las Bellas Artes, que fue presidida conjuntamente por el Secretario de Educación Pública y el Embajador de Francia. También publicó un libro del que es autor el que esto escribe y que se intitula "Lamarck, intérprete de la Naturaleza". Terminada la contienda en el Viejo Continente el Museo Nacional de Historia Natural de París organizó, en 1946 una solemne conmemoración internacional de Lamarck, a la que llevó como invitados de honor —entre los que tuve la satisfacción de contarme— a una docena de naturalistas de todo el Mundo

Escuché entonces, lleno de placer los comentarios conmovidos que los sabios franceses hacían de sus colegas mexicanos que, del otro lado del Océano, habían recordado dignamente al fundador de la Teoría de la Evolución.

En 1948, percatada la corporación de la ineludible importancia que tiene para nuestro país la adecuada conservación de sus recursos naturales, convocó a un Simposio sobre el tema, de dos días consecutivos, en el que participaron las más destacadas autoridades, presentando trabajos de interés permanente que continuamente se citan por quienes estudian estas cuestiones.

Otro aniversario, igualmente de un sabio francés, se presentó en 1945, cuando cumplía cincuenta años de muerto el gran Luis Pasteur. Creímos que era indispensable rendirle homenaje, pero como en este caso se trataba de una personalidad que por el impacto de sus descubrimientos en beneficio de la Humanidad interesaba a muchos sectores, no quisimos hacerlo aisladamente, sino que planeamos la celebración de lo que se llamó la "Semana de Pasteur" convocando a las diversas instituciones y agrupaciones científicas, que entusiastamente respondieron, para integrar un Comité cuya presidencia ocupó nuestro consocio el Dr. Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina, mientras que la Secretaría quedó confiada al suscrito. La celebración se llevó a cabo con todo éxito, terminando con una ceremonia solemne en el Palacio de las Bellas Artes, que presidió el Secretario de Salubridad y Asistencia, con la representación del Presidente de la República, en unión del Embajador de Francia. El Comité editó un pulcro folleto, profusamente ilustrado, en el que se hizo la reseña detallada de los actos efectuados, y se incluyeron los trabajos y discursos pronunciados en los mismos. Años después, visitando el Instituto Pasteur en París, tuve la satisfacción de ver la forma en que se conservaba nuestro folleto en lugar de honor, así como oír a su director, el Dr. Treffeul, expresarme conmovido en ceremonia alusiva, la gratitud de los miembros de esa ilustre casa, rogándome la transmitiera a nuestros colegas, que tan brillantemente habían sabido recordar a su fundador.

En estas ocasiones la corporación ha probado dos cosas: el interés con que sigue todo lo que se relaciona con las Ciencias Biológicas y la entusiasta acogida que sus iniciativas reciben en el medio científico, dada la seriedad y estimación que ha sabido conquistar en todos los sectores.

Han pasado cuatro lustros desde el día en que quedó formalmente constituida de nuevo la Sociedad Mexicana de Historia Natural. Cuatro lustros de labor incesante, hecha ligera por los éxitos obtenidos. Cuatro lustros de vida, garantía de que seguirá existiendo vigorosa por muchos años más. Quienes en algo contribuimos a formarla podemos sentirnos satisfechos y comprender que nuestra responsabilidad no ha cesado aún; debemos continuar trabajando con entusiasmo y sin escatimar esfuerzos.

Quienes vinieron después, deben compartir esa responsabilidad; especialmente los jóvenes que, por razón biológica ineludible, están llamados a llenar los huecos que ya se han producido, y seguirán produciéndose en nuestras filas. El porvenir de la corporación está en sus manos.

Crear una asociación científica suele ser tarea fácil. Pero mantenerla funcionando, con vida vigorosa como la que tiene la Sociedad Mexicana de Historia Natural es tarea pesada y a veces requiere titánicos esfuerzos, que pasan inadvertidos en la diaria rutina. Para que estos esfuerzos sean fructuosos, deben participar en ellos todos los que integran la agrupación, pues cada quien en su esfera tiene importante tarea que cumplir.

Las obras colectivas son las más difíciles de realizar y coordinar ya que requieren conjunción de muchas voluntades y distintas especialidades.

Pero son también las más útiles, por su indudable significación. Una sociedad científica es planta delicada que no basta sembrar, pues requiere cultivo cuidadoso durante toda su vida; si no nos ocupamos de ello las malas yerbas podrán ahogarla entre la maleza. Requiere también el riego continuo del entusiasmo y las aportaciones de todos sus miembros: si este aporte vivificante cesa, o si sólo unos pocos contribuyen la planta languidece y acaba por marchitarse.

Cuando una obra tiene ya veinte años tras de sí, eso quiere decir que ha dejado —desde largo tiempo— de ser bella esperanza o laudable propósito, para convertirse en tangible realidad. Y si dejar que se malogre un esfuerzo creador es siempre lamentable, permitir que muera un organismo adulto es prácticamente un crimen.

Afortunadamente, la Sociedad Mexicana de Historia Natural tiene en su seno muchos y muy brillantes miembros que —seguro estoy de ello— aprovechan el momento de esta austera conmemoración de sus primeros veinte años de vida, para trazarse una ruta que permita que en el futuro haya muchas otras celebraciones semejantes, según los años vayan corriendo, y la corporación continúe trabajando en bien de la Historia Natural, en bien de la Biología, en bien del progreso científico en bien de nuestro México querido y en beneficio de los naturalistas mexicanos.